

serva de alguna mortandad extraordinaria, cuyo hecho corrobora indudablemente la teoría de los que sostienen que la fiebre amarilla apareció después de la ocupación del país por los blancos. El prueba á lo menos que si existía antes, debió haber sido con mucha menos fuerza.

Después de haber viajado algunas leguas por caminos casi intransitables á consecuencia de las lluvias del verano, comenzaron las tropas la subida gradual, mucho más progresiva en el costado oriental que en el occidental de las cordilleras, que conduce á la mesa de Méjico. Al concluir el segundo día llegaron á Jalapa, ciudad que aun conserva el mismo nombre azteca, y que lo ha comunicado á una planta que se produce en sus alrededores, cuyas virtudes medicinales son ahora conocidas por todo el mundo (6). Este lugar está situado en la mitad de la subida á una elevación donde tocando los vapores del océano al seguir su dirección occidental, mantienen un esmaltado verdor todo el año; y el aire, aunque algo inficionado con aquellas nieblas marinas, es por lo común blando y saludable. El rico habitante de las regiones bajas se retira allí por seguridad durante los calores del estío, y el viajero saluda con enagenamiento sus nobles encinas, como que le anuncian que se halla fuera de la mortal influencia del vómito (7). Desde este delicioso sitio disfrutaron los españoles de la vista de uno de los grandes cuadros de la naturaleza. Al frente tenían la escabrosa senda que iban á emprender, mucho más escarpada desde este punto. A la derecha se levantaba la Sierra Madre cercada de un negro cinturón de pinos, y cuyas largas filas de umbrosos collados se extendían por alguna distancia. Al sur, y en bello contraste, mirábase el elevado Orizava con su blanca vestidura de nieve desarrollada por sus lados, descollando en solitaria grandeza como el espectro gigantesco de los Andes. A su espalda veían extenderse la magnífica tierra caliente con su risueña mezcla de praderas, arroyos y umbrosas selvas sembradas de florecientes poblaciones indias, al mismo tiempo que una lánguida línea de luz en la extremidad del horizonte les decía que allí estaba el océano á cuyo lado opuesto habitaban sus familias, y se encontraba su patria: allí estaban muchos de aquellos á quienes jamás habían de volver á ver.

Continuando su tortuoso camino en medio de un paisaje tan diferente del de las regiones bajas como lo es su temperatura, pasó el ejército por poblaciones que contenían cada una algunos centenares de habitantes, y el cuarto día llegó á una „ciudad fuerte,” como Cortés la llamó, erigida en una eminencia de rocas que se supone es ahora conocida con el nombre mejicano de Naulinco. Aquí fué recibido hospitalariamente por los habitantes que eran amigos de los totonacas. Cortés procuró, por medio del padre Olmedo, inspirarles algún

(6) *Convolvulus jalapa*. La *x* y la *j* son consonantes convertibles en el castellano.

(7) Las alturas de Jalapa están coronadas de un convento dedicado á San Francisco, que se erigió en los últimos días de Cortés, mostrando en su solidez, así como otros edificios construidos en ese tiempo bajo los mismos auspicios, dice un agradable viajero, un objeto militar al mismo tiempo que religioso. Tudor's Travels in North America, (London, 1834,) vol. II, p. 186.

conocimiento de las verdades cristianas, que escucharon atentamente, y se permitió á los españoles erigir allí una cruz para la adoración futura de los nativos. Ciertamente el camino del ejército podía haberse descubierto por estos emblemas de la salvación del hombre, levantados donde quiera que una población dócil de indios se prestaba á ello, y que sugerían una idea muy diferente de la que las mismas señales anuncian al viajero de nuestros días en estas montuosas soledades (8).

A este tiempo entraron las tropas en un áspero desfiladero llamado Paso del Obispo (9), capaz de ser defendido fácilmente contra un ejército. Muy pronto experimentaron un desagradable cambio de clima. Vientos fríos soplaban de las montañas, mezclados de lluvias, y mientras más ascendían, de nieve y granizo, que empapaban sus vestidos y parecían penetrar hasta sus huesos. Los españoles, cubiertos con sus armaduras y con las gruesas cotas de algodón, podían resistir bastante, aunque su larga residencia en las regiones cálidas del valle, los hacía más agudamente sensibles á la molestia del frío; pero los pobres indios, nativos de la tierra caliente, con vestidos que les proporcionaban poca protección contra las inclemencias del tiempo, sucumbían bajo el rudo asalto de los elementos, y muchos de ellos perecieron en el camino.

El aspecto del país era tan agreste y tan triste como el clima. El camino estaba cortado á lo largo de la base del enorme Cofre de Perote, que deriva su

(8) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 40.—Gomara, Crónica, cap. 44.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83. „Cada cien varas de nuestra ruta,” dice el viajero últimamente citado, hablando de esta misma región, „estaba marcada con la melancólica erección de una cruz de madera, denotando, según la costumbre del país, la perpetración de algún homicidio en el sitio donde estaba plantada.” Travels in North America, vol. II, p. 188 (a).

(9) *El Paso del Obispo*. Cortés lo llamó *Puerto del Nombre de Dios*. Viaje en Lorenzana, p. ii.

(a) Es muy exagerado lo que dice el Señor Tudor, pues aunque por desgracia sea cierto que los caminantes de esta ciudad á Veracruz, han sido mucho tiempo hace atacados, y actualmente lo es con frecuencia la diligencia que corre ese camino, es raro que sean ofendidas las personas. Los viajeros extranjeros propenden mucho á creer todas las relaciones de hechos atroces que se les refieren, y aquellos con quienes suelen hablar en las posadas, gustan de abultar en estas materias. Las cruces que se ven en los campos, ni son en tanto número, como se quiere ponderar, ni son todas recuerdos de asesinatos cometidos en los parajes en que se han erigido: muchas se han levantado como objeto de devoción, ó para expresar dónde se dividen dos caminos, como sucede en el de Veracruz, en el punto en que se separa el que saliendo de Amozoc, conduce á aquel puerto y el que va á Orizava, á poca distancia del mismo pueblo de Amozoc. Debemos, sin embargo, confesar que este es asunto que demanda toda la atención del gobierno, aunque el extranjero imparcial reconocerá sin duda, que no es fácil ejercer la policía de los caminos en países como el nuestro, en que las poblaciones se hallan muy distantes unas de otras, cuando casi en toda Europa y en gran parte de los Estados-Unidos, están tan cercanas, que desde ellas pueden ser vigilados los espacios de camino que las separan.

nombre, así en el idioma mejicano como en el castellano, de la roca semejante á una arca que tiene en su cumbre (10).

Es uno de los grandes volcanes de Nueva-España, y aunque ahora no se encuentran en su cima vestigios del cráter, muchas huellas de la acción volcánica se notan en su base, donde acres de lava, ennegrecidas escorias y cenizas, publican las convulsiones de la naturaleza, al mismo tiempo que numerosos arbustos y troncos de enormes árboles abrasados, atestiguan la antigüedad de estos acontecimientos. Continuando los españoles su penosa marcha por esta escena de desolación, frecuentemente se encontraban en la orilla de precipicios, en cuyas inmensas profundidades de dos ó tres mil piés, podían ver un clima diverso y la lozana vegetación de los trópicos cubriendo el fondo de los abismos.

Después de tres días de este cansado viaje tomó el ejército otro desfiladero; la Sierra del Agua (11). Pronto se encontraron en un país abierto, con un hermoso clima, igual al de las latitudes templadas del mediodía de la Europa.

Habían llegado á un nivel de más de siete mil piés sobre el océano, donde la dilatada plataforma de las montañas se extendía por centenares de millas á lo largo de las cumbres de las cordilleras. El país ostentaba señales de un esmerado cultivo; pero la mayor parte de sus productos eran desconocidos á los españoles. Veíanse por todas partes campos y vallados de varias clases de nopal, el esbelto órgano y el productivo maguey, cuyos hermosos y amarillos racimos de flores, se levantaban sobre sus elevados tallos, y cuya planta proporcionaba bebida y vestido á los aztecas. Las producciones de las zonas tórrida y templada habían desaparecido una después de otra con la subida á estas elevadas regiones. El plátano, con sus hojas lustrosas y oscuras, principal y más barato alimento de los países bajos, había desaparecido desde mucho antes. Sin embargo, se veía el maíz con sus dorados frutos en todo el orgullo del cultivo, siendo la elevación del más grande igual al de las tierras más bajas que la mesa.

Repentinamente llegaron las tropas á los suburbios de una populosa ciudad, que cuando entraron en ella les pareció excedía á la de Cempoala en el tamaño y solidez de sus edificios (12). Eran estos de cal y piedra; muchos de ellos es-

(10) El nombre azteca es *Nauhcampatepetl*, derivado de *nauhcampa*, „una cosa cuadrada,” y *tepetl*, „una montaña.”—Humboldt, que con dificultad subió por entre bosques y nieves hasta la cumbre, le dá de altura cuatro mil ochenta y nueve metros, esto es, trece mil cuatrocientos catorce piés sobre el nivel del mar. *Vues des cordillères*, p. 234, y *Essai politique*, vol. I, p. 266.

(11) Este es el mismo que menciona Cortés en su carta, con el nombre de *Puerto de la Leña*. Viaje, en Lorenzana, p. iii.

(12) Conocido ahora con el nombre indio de *Tlatlauquitepec*. (Viaje, en Lorenzana, p. iv.) Es el *Cocotlan* de Bernal Diaz. (Hist. de la conquista, cap. 61.) Los antiguos conquistadores hicieron un uso miserable de los nombres aztecas, tanto de lugares como de personas, para lo cual debe sin embargo confesarse, tienen bastante excusa.

paciosos, y de una altura regular. Contenia trece *teocallis*; y en la entrada habían visto un osario, en el cual, según Bernal Diaz, que asegura haberlos contado él mismo, estaban depositados cien mil cráneos de víctimas humanas, colocados en orden (13). Sea cual fuere la fe que deba darse á la precisa exactitud de sus figuras retóricas, el resultado es casi igualmente horroroso. Los españoles estaban destinados á familiarizarse con este horrible espectáculo, al paso que se aproximaban á la capital azteca.

El señor de la ciudad gobernaba veinte mil vasallos. Era tributario de Montezuma, y una fuerte guarnición mejicana estaba acuartelada en el lugar. Probablemente había tenido aviso de la aproximación de los españoles, y dudado si sería ó no grata á su soberano. Manifestóles una fría recepción, mucho más desagradable para ellos después de los extraordinarios sufrimientos de los últimos días. A la pregunta de Cortés, de si era súbdito de Montezuma, contestó con verdadera ó afectada sorpresa, „¿quién hay que no sea vasallo de Montezuma?” (14). El general repuso con algún énfasis, que él no lo era, y después le explicó de dónde y con qué objeto venía, asegurándole que servía á un monarca que tenía por vasallos príncipes tan poderosos como el mismo soberano azteca.

El cacique no fué menos corto que el español en ponderar la grandeza y recursos del emperador indio. Dijo á su huésped que Montezuma podía reunir treinta vasallos principales, señor cada uno de ellos de cien mil hombres (15). Que sus rentas eran inmensas, pues cada súbdito, por pobre que fuese, le pagaba algo, y todas se consumían en el lujo con que vivía y en la manutención de sus ejércitos. Estos estaban continuamente en el campo, al mismo tiempo que había guarniciones en casi todas las principales ciudades del imperio. Más de veinte mil víctimas, fruto de sus campañas, eran sacrificadas anualmente en los altares de la divinidad. Su capital se levantaba sobre un lago en el centro de un espacioso valle. Aquel estaba surcado por las embarcaciones del emperador, y la aproximación á la ciudad se hacía por medio de calzadas de algunas millas de extensión, unidas en diversas partes por puentes, de manera que cuando se levantaban, quedaba cortada toda comunicación. Agregó otras noticias, contestando á las preguntas de su huésped, en las cuales, como el lector puede imaginar-

(13) „Puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podían bien contar, según el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran más de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil.” *Ibid.*, ubi supra.

(14) „El cual, casi admirado de lo que le preguntaba, me respondió, diciendo; ¿que quién no era vasallo de Muctezuma? queriendo decir, que allí era Señor del Mundo.” *Rel. seg. de Cortés*, en Lorenzana, p. 47.

(15) „Tiene más de treinta príncipes á sí sujetos, que cada uno de ellos tiene cien mil hombres é más de pelea.” (Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 1.) Esta historia maravillosa se encuentra repetida con mucha gravedad por varios escritores españoles al hablar de la monarquía azteca, no como aserción del gefe indio, sino como una pieza verdadera de estadística. Véase, entre otros, á Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 7, cap. 12.—Solís, *Conquista*, lib. 3, cap. 16.

se, el artificioso ó crédulo cacique barnizó la verdad con el brillante colorido del romance. Los españoles no podían acertar si todo esto era ficción ó realidad. Los pormenores que habían sabido, no eran á propósito para tranquilizar su espíritu, y podían haber hecho á hombres mas resueltos que ellos detenerse en vez de avanzar; pero lejos de esto, „las palabras que habíamos oído,” dice el valiente caballero tantas veces citado, „aunque podían habernos llenado de temor, solo nos hicieron desear con mas ansia probar una aventura que parecía desesperada; tal es el carácter español” (16).

En otra conversacion, preguntó Cortés al jefe indio si su país abundaba en oro, y manifestó deseos de llevar á su patria algunas muestras de él para su soberano; pero el cacique rehusó dárselas, diciendo que podía desagradar á Montezuma. „Si él me lo manda,” añadió, „mi oro, mi persona y todo cuanto poseo, estará á vuestra disposición.” No insistió el general mas sobre este punto.

La curiosidad de los nativos naturalmente se excitó con los extraños vestidos, armas, caballos y máquinas de guerra de los españoles. Marina aprovechó la ocasion de satisfacer sus preguntas, para ponderar el valor de sus compatriotas adoptivos, extendiéndose en describir sus proezas y victorias, y refiriendo las extraordinarias muestras de respeto que habían recibido de Montezuma. Parece que esta noticia produjo el efecto deseado, pues poco despues dió el cacique al general algunas curiosas piezas de oro no de gran valor, pero que eran un pequeño testimonio de su buena voluntad. Le envió tambien algunas esclavas, que preparasen pan para la tropa, y le proporcionó medios de tomar algun alimento y reposo, más importante para ellos en aquella ocasion, que todo el oro de Méjico (17).

El general español, como tenia de costumbre, no despreció la oportunidad de inculcar á su huésped las grandes verdades de la revelacion, y manifestarle la atrocidad de las supersticiones indias. Escuchóle con atenta pero fria indiferencia; y Cortés viendo que no podia conmoverle, se volvió á sus soldados diciéndoles, que aquel era el tiempo de plantar la cruz. Ellos gustosamente secundaron su piadoso intento, y se hubieran seguido las mismas escenas que en Cempoala, pero acaso con muy diversos resultados, si el padre Olmedo con mas juicio y discrecion no se hubiera interpuesto. Les manifestó que el introducir la cruz entre los nativos en el estado de ignorancia é incredulidad en que se hallaban, seria exponer el símbolo sagrado á la profanacion, tan pronto como los españoles hubieran vuelto la espalda: que el mejor medio era esperar con pa-

(16) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 61.

Hay una buena dosis de jactancia en la narracion del capitán, que puede provocar á risa, pero no á desprecio, pues está mezclada con mucho valor verdadero y sencillez de carácter.

(17) Para las páginas precedentes, además de los autores citados en ellas, véase á P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 1.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 44.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 26.

ciencia la ocasion de que con mas descanso pudiera infundirse en sus mentes el conocimiento de la verdad. El sabio raciocinio de este piadoso eclesiástico prevaleció sobre las pasiones de los soldados entusiastas.

Afortunadamente para Cortés, no era Olmedo uno de aquellos frenéticos monjes que hubiera en tales ocasiones dado pábulo á su carácter impetuoso. Habría ejercido esto una influencia desastrosa en su suerte, pues Cortés veía todas las consecuencias temporales, como ligeras, comparadas con la grande obra de la conversion, y para efectuarla, la conciencia poco escrupulosa del soldado, acostumbrada á la severa disciplina del campo, hubiera empleado la fuerza si los medios suaves resultaban ineficaces (18). Pero Olmedo era de aquellos benéficos misioneros, de quienes la Iglesia romana, para crédito suyo, ha proporcionado muchos ejemplos, que confiaban en las armas espirituales para llevar al cabo su grande obra, inculcando aquellas doctrinas de amor y caridad, que pueden conmover á un rudo auditorio y ganar sus afecciones. Estas son ciertamente las verdaderas armas de la religion; las armas empleadas en los primitivos siglos de la Iglesia, con las cuales hizo ondear su estandarte de paz sobre las regiones mas remotas del globo. Otros fueron, sin embargo, los medios de que se valieron los conquistadores de América, quienes siguiendo mas bien la política adoptada por los victoriosos musulmanes al principio de su carrera, llevaban en una mano la espada y en la otra la Biblia. Impusieron obediencia á los vencidos en materias de fe, no menos que en las de gobierno, cuidándose poco de que la conversion fuera verdadera con tal de que se conformasen á las observancias exteriores del culto. La semilla vertida de este modo hubiera perecido sin duda, á no ser por los misioneros de la misma nacion que en tiempos posteriores cultivaron el propio terreno, viviendo entre los indios como hermanos, y haciendo con largo y pacífico trabajo que el germen de la verdad echara raíces y fructificara en sus corazones.

Permaneció Cortés en la ciudad cuatro ó cinco días, con el fin de recobrar sus debilitadas fuerzas; y los indios modernos aun señalan, ó á lo menos así lo hacían á fines del siglo pasado, un venerable ciprés, bajo cuyas ramas estuvo atado el caballo *de el conquistador*, nombre que se le daba como título de honor (19). El camino que debía seguir, estaba abierto en un extenso y fértil valle, regado por un arroyo de claras y cristalinas aguas, circunstancia no muy comun en las abrasadas mesas de Nueva-España. El suelo estaba protegido por la sombra de los bosques, tan escasos en la época presente; pues los invasores despues de la conquista destruyeron las magníficas maderas que rivalizaban con las que producen nuestros estados meridionales y del oeste en

(18) El general, notoriamente pertenecía á la Iglesia militante, mencionada por Butler:

„que fundaba su fe en el sagrado texto de la pica y el cañon; y probaba sus doctrinas ortodoxas con apostólicos truenos y desastres.”

(19) „Árbol grande, dicho *ahuehete*.” (Viaje, en Lorenzana, p. iii.) Es la *cupressus disticha* de Lineo. Humboldt, Essai Politique, tom. II, p. 54, nota.

variedad y hermosura, y crecían sobre la plataforma de las montañas en tiempo de los aztecas (20).

A lo largo del río, y en ambas orillas, se extendía por tres ó cuatro leguas una línea no interrumpida de habitaciones indias, „tan inmediatas, que casi podían tocarse una con la otra,” lo que anunciaba una población mucho mayor que la que hoy existe (21). En un áspero y prominente terreno estaba edificada una ciudad, la cual podía contener cinco ó seis mil habitantes, dominada por una fortaleza, que por sus murallas y fosos pareció á los españoles casi „igual á las mismas obras de Europa.” Aquí volvieron á hacer alto las tropas, y encontraron un recibimiento amistoso (22).

Cortés determinó entonces la senda que había de seguir. Habíanle dicho los nativos de aquel lugar que tomara la ruta de la antigua ciudad de Cholula, cuyos habitantes, súbditos de Montezuma, pertenecían á una raza de costumbres suaves, dedicada á las artes mecánicas y á otras ocupaciones pacíficas, y que probablemente los recibirían bondadosamente. Pero los aliados cempoaltecas aconsejaron á los españoles no confiaran en los choluleses, „pueblo falso y pérfido,” sino que siguieran el camino de Tlascala, pequeña república valerosa, que había mantenido por tanto tiempo su independencia contra todo el poder de Méjico. El pueblo era tan franco como guerrero, é irreprensible y recto en su conducta. Siempre había estado en relaciones amistosas con los totonacas, lo que proporcionaba una buena garantía para su amistosa disposición en el caso presente.

(20) Es el mismo gusto que ha hecho á las Castillas, la mesa de la península, tan desnudas de bosques. Razones también de prudencia obraron en el Nuevo Mundo. Un amigo mió al visitar una célebre hacienda, pero extraordinariamente falta de árboles, fué informado por el propietario, de que habían sido cortados para impedir que los perezosos indios que vivían en la finca fueran á perder el tiempo á su sombra.

(21) Esto confirma las observaciones del barón de Humbolt. „Sans doute lors de la première arrivée des Espagnols, toute cette côte, depuis la rivière de Papaloapan (Alvarado) jusq'á Huastecapan, était plus habitée et mieux cultivée qu'elle ne l'est aujourd'hui. Cependant, à mesure que les conquérans montèrent au plateau, ils trouvèrent les villages plus rapprochés les uns des autres, les champs divisés en portions plus petites, le peuple plus policé.” Humbolt, *Essai Politique*, tom. II, p. 202.

„Sin duda, cuando la primera llegada de los españoles, todo este lado, desde el río Papaloapan (Alvarado) hasta Huastecapan, estaba mas poblado y mejor cultivado que hoy. No obstante, á medida que los conquistadores subían á la mesa, encontraban las poblaciones mas cerca unas de otras, los campos divididos en porciones mas pequeñas, el pueblo mas culto.”

(22) El verdadero nombre indio de la ciudad, *Ixtacamaxtitlán*, *Iztacastitan* de Cortés, difícilmente puede reconocerse en el *Xalacingo* de Bernal Diaz. Fué removida en 1601 de la cumbre de la colina á la llanura. En el sitio primitivo todavía se ven restos de piedras esculpidas de grandes dimensiones que atestiguan la elegancia de la antigua fortaleza ó palacio del cacique. Viaje, en Lorenzana, p. v.

Estos argumentos de los indios aliados prevalecieron en el ánimo del comandante español, quien resolvió captarse la benevolencia de los tlascaltecas, por medio de una embajada. Eligió para desempeñarla cuatro de los principales cempoaltecas, y envió con ellos un presente marcial, compuesto de un gorro de paño carmesí, una espada y una ballesta, armas que observó habían llamado la atención de los nativos. Agregó una carta, en la cual pedía permiso para atravesar el país, expresando su admiración por el valor de los tlascaltecas y por su larga resistencia á los mejicanos, cuyo orgulloso imperio intentaba abatir (23). No era de esperarse que aquellos entendieran este documento, redactado en buen castellano, pero Cortés comunicó su contenido á los embajadores. El suplía los escritos geroglíficos que formaban las credenciales de un embajador indio, y sus caracteres misteriosos podían imprimir en los nativos la idea de una inteligencia superior en los españoles (24).

Tres días permanecieron estos en la hospitalaria ciudad, después de haber partido los enviados, y al fin de ellos volvieron á emprender su marcha. Aunque se hallaban en un país amigo, siempre avanzaban como si estuvieran en una tierra de enemigos; la caballería y tropa ligera á la vanguardia, y la parte mas pesada del ejército con los bagajes á la retaguardia, todos en orden de batalla. Durmiendo ó despiertos, nunca dejaban su armadura, acostándose con las armas al lado. Esta continua vigilancia era tal vez mas opresiva á su espíritu que las fatigas corporales; pero confiaban en su superioridad cuando tenían que operar en un campo abierto; y conocían que el peligro mas grave que debían temer de la táctica india, era una sorpresa. „Somos pocos contra muchos, valientes compañeros,” dijérase Cortés; „estad pues preparados, como si actualmente estuviérais en el combate; no como si fuérais á él” (25).

El camino tomado por los españoles fué el mismo que ahora conduce á Tlascala; pero no el que se sigue comunmente yendo de Veracruz á la capital, que da una vuelta considerable al Sur, hácia á Puebla, en las cercanías de la antigua Cholula. Más de una vez vadearon el río que corre por esta hermosa llanura, dilatando varios días en el camino, con la esperanza de recibir contestación de la república india. No podía explicarse la inesperada tardanza de los mensajeros, tanto que ocasionaba ya algun desasosiego.

Al avanzar por un país mas inculto y agreste, se halló repentinamente obstruido el camino por una fortificación digna de mencionarse. Era una muralla de piedra de nueve piés de altura y veinte de espesor, en cuya parte superior estaba

(23) „Estas cosas y otras de gran persuasión contenía la carta, pero como no sabían leer no pudieron entender lo que contenía.” Camargo, *Hist. de Tlascala*, MS.

(24) Una completa noticia de los usos diplomáticos de los pueblos del Anáhuac puede verse en la página 27 de este tomo.

(25) „Mirad, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos.” Bernal Diaz, *Hist. de la conquista*, cap. 62.

levantado un parapeto de pié y medio de ancho, con el objeto de cubrir á los que la defendian. Una sola entrada tenia en el centro, hecha por dos líneas circulares de la misma muralla, separada una de la otra el espacio de cuarenta pasos, y proporcionando un camino del ancho de diez piés, hecho de esta manera para que estuviera dominado por el parapeto interior. Esta fortificacion, se extendia por mas de dos leguas, descansando sus extremidades en dos altos estribos naturales, formados por la sierra. Estaba construida de enormes piedras cuadradas, perfectamente unidas con mezcla (26), y los restos que aun existen, entre los cuales hay rocas que tienen todo el ancho de la plataforma, atestiguan su solidez y tamaño (27).

Esta singular fábrica marcaba los límites de Tlascalá, y se edificó, segun dijeron á los españoles los mismos nativos, para que sirviera de barrera contra las invasiones mejicanas. Se detuvo el ejército lleno de admiracion al contemplar este gigantesco monumento, digno de los cíclopes, que naturalmente sugeria varias reflexiones sobre el poder y recursos del pueblo que lo habia levantado. Tambien ocasionó algunos penosos cuidados, en cuanto al resultado probable de su embajada á Tlascalá y su consiguiente recepcion allí; pero eran demasiado fuertes para permitir que tan desagradables temores permanecieran mucho tiempo en su imaginacion. Púsose Cortés á la cabeza de la caballería, diciendo en alta voz: „Avanzad, soldados, la sagrada cruz es nuestro estandarte, y bajo de él conquistaremos.” Guió su pequeño ejército por el indefenso paso, y en pocos momentos pisaron el suelo de la república libre de Tlascalá (28).

(26) Segun el escritor últimamente citado, las piedras estaban unidas con una cal tan dura, que difícilmente podian romperla los soldados con sus picas. (Hist. de la conquista, cap. 62.) Pero la asercion contraria que contiene la carta del general, está confirmada con la actual apariencia de la muralla. Viaje, en Lorenzana, p. vii.

(27) Viaje, en Lorenzana, p. vii.

Los esfuerzos del arzobispo para identificar la ruta de Cortés fueron muy felices. Es de sentirse que el mapa que sirve de ilustracion al itinerario sea tan falto de mérito.

(28) Camargo, Historia de Tlascalá, MS.—Gomara, Crónica, cap. 44 y 45.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 3.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 2.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 1.

CAPITULO II.

REPUBLICA DE TLASCALÁ.—SUS INSTITUCIONES.—SU HISTORIA PRIMITIVA.
—DISCUSIONES EN EL SENADO.—COMBATES DESESPERADOS.

1519.

Antes de seguir adelante con los españoles en el territorio de Tlascalá, será conveniente dar algunas noticias sobre el carácter é instituciones de la nacion mas notable del Anáhuac bajo todos aspectos. Los tlascaltecas pertenecian á la misma gran familia de los aztecas (1). Vinieron á la extensa mesa con las otras razas de su origen, á fines del siglo doce, y se establecieron en la orilla occidental del lago de Tezcuco. Aquí permanecieron muchos años, empleados en las ocupaciones ordinarias de un valeroso y en parte civilizado pueblo. Por alguna causa, tal vez por un espíritu turbulento, incurrieron en la enemistad de las tribus vecinas. Formóse una coalicion en su contra, y se dió una sangrienta batalla en las llanuras de Poyauhtlan, en la cual los tlascaltecas quedaron completamente victoriosos. Sin embargo, no contentos de residir entre naciones con quienes tenian tan poco favor, el pueblo vencedor resolvió emigrar. Se separaron en tres divisiones, y la mayor de ellas, dirigiéndose hácia el Sur por el gran volcan de Méjico, dió vuelta á la antigua ciudad de Cholula, y al fin se estableció en aquella parte del país que sombreaba la sierra de Tlascalá. Los cálidos y fructíferos valles, comprendidos en esta áspera sucesion de montañas, proporcionaban medios de subsistencia á un pueblo agricultor, al mismo tiempo que las elevadas eminencias de la sierra presentaban posiciones seguras para sus ciudades.

En el transcurso de algunos años, las instituciones de la nacion sufrieron cambios importantes. Primero fué dividida la monarquía en dos, y despues en cuatro estados diversos, ligados mutuamente con una especie de pacto federal, probablemente no muy bien definido. Cada estado tenia su señor ó supremo gefe,

(1) El historiador indio, Camargo, considera á su nacion como una rama de los chichimecas. (Hist. de Tlascalá, MS.) Véase á Torquemada, (Monarquía ind., lib. 3, cap. 9.) Clavijero, que investigó cuidadosamente las antigüedades del Anáhuac, la llama una de las siete tribus nahuatlacas; (Stor. del Messico, tom. I, p. 153, nota;) pero este hecho no es de mucha importancia, puesto que todas eran razas de un mismo origen, hablaban un propio idioma, y seguramente emigraron del interior del Norte en igual fecha.